

EL ALABARDEO

Intereses materiales,
Teatros y Salones, Toros, Caza, Regatas, Equitacion, Gimnasia, Esgrima.

TODO POR UN PERRO GRANDE.

Año I.

Sevilla, 4 de Octubre de 1879.

Núm. 37.



COSAS DE CASA

Hay ciudadano que para entusiasmarse con esta vieja España necesita nada ménos que evocar el recuerdo de los gloriosísimos episodios que tan bien sabe novelar P. Galdós. Hay quien cree preciso hacer memoria de las Navas de Tolosa, de Pavía, de San Quintín y de Otumba, para alardear de un patriotismo *cur-si*, y quien nunca se atrevería á blasonar de españolismo sin mencionar ántes cien nombres de heroicos guerreros, cuyas hazañas engrandecen la historia nacional. Esta gente se parece á esos *valentones* que sólo saben serlo animados por el alcohol ó por el prurito de imitar á los valientes de verdad.

Confieso que es imposible dejar de enorgullecerse por haber nacido en la misma tierra de Cortés y de Daoiz; pero declaro que mi patria sería siempre á mis ojos admirable aún cuando se extinguiese en la memoria de los hombres el recuerdo de aquellos ilustres varones que llamaron la atención del mundo, ya extendiendo el poder de nuestro pueblo hasta los más remotos países, ya salvando nuestra independencia en las interminables luchas que provocaron codiciosos invasores.

Yo quiero á España sin que me la recomienden sus grandezas pasadas, ni me asusten su actual decadencia y su problemático porvenir. La quiero *porque sí*. Convengamos en que tratándose de *estas cosas* mi razon vale tanto como cualquiera otra. De ordinario el sentimiento, los grande afectos, se suelen explicar de esta manera.

Sentado, pues, que yo amo á mi patria sin que me sirva de estímulo el saber que otros la han amado y enaltecido, tengo que consignar una declaracion importante: Yo quiero á España desinteresada y lealmente, con toda mi alma; pero á los españoles, á mis paisanos, francamente, los quiero con su cuenta y razon; y siempre tendrán la seguridad de mi afecto con tal de que no pierdan sus cualidades características, sus tradicionales propensiones. Ya ven ustedes que para mis conciudadanos me permito una prudente reserva, que no signífico tratándose de la patria.

Amemos á España, á nuestra buena madre sin condicion alguna; pero si nuestros paisanos dejan de *servir para todo y entender de todo* ¿podremos continuar queriéndolos justificadamente?

Si un farruco ignorante, pero afortunado, no puede ser con el tiempo concejal, director de un Banco, ó cofrade influyente en todas las hermandades religiosas; si un barberillo *de sol y sombra* no presenta á la vez aptitud para matador de toros, para alcalde de bar-

rio, para presidente de una sociedad coreográfica y para inspector de policía; si un estudiante del género *cucurbitáceo* no puede ser indistintamente poeta, periodista, empleado y *guripie*; si una costurera no puede aspirar con éxito al puesto de primera tiple, ó al de *dama de honor* de algun célibe trasnochado; si los curas dejan de ejercer la medicina y la albañilería, á la vez que desempeñan las ocupaciones de su sagrado ministerio; si los médicos no pueden hacerse diplomáticos; si los abogados no pueden entender de estrategia militar y la gente de noble alcurnia de todas las cosas, inclusa la de *componer tarros, sangraeras y lebrillos*, entónces... ni podemos ni debemos querer á nuestros paisanos, cuya celebridad consiste en ser materia dispuesta para todo y buenos para maldita la cosa.

Me parece que he dicho una exageracion ó que me he explicado mal, y yo no quiero incurrir en ciertas ligerezas por falta de buena expresion al emitir mis ideas. He querido decir, no que entre los españoles, mis conciudadanos, no haya gente que valga y sepa, y mucha más dispuesta para ilustrar con sus méritos los buenos tiempos que se columbran, sino que en esta tierra de bendicion, entre otras, existe la particularidad de que todos nos sentimos *capaces para todo*; y tal hay que censura como inteligente la decadencia del toreo y en seguida le hace á usted una disertacion sobre las afecciones atmosféricas, como hay otro que le tira á usted el *pego* sin perjuicio de exponerle, caso que usted lo desee, las más curiosas observaciones sobre el estado de las relaciones diplomáticas entre las grandes potencias de Europa.

¿Ustedes no conocen á Ciriaco? Pues Ciriaco fué un buen chico. Procedente del Noroeste de la Península, vino á esta provincia en busca de *trabajo*, de *conveniencia* ó de *acomodo* (no estoy cierto). Barrió, fregó, hizo recados, despachó especias al por menor, requirió á la vecina Maritornes, se instruyó en el trato de sus co-agremiados, fué una vez á los toros, dos al teatro, disputó con un sereno exigente, se suscribió á *El Porvenir*, cuya inocente lectura le fué recomendada por un tenor silbado y por el cura de la parroquia, y, algunos años despues, previa la bendicion del mismo, se unió con la hija de su amo, entrando desde luego en el libre y perfecto goce y administracion de los bienes de su esposa.

La primera parte de la vida de Ciriaco, como ustedes ven, dista mucho de ser una epopeya; pero la segunda no quiso Ciriaco que fuera tan modesta y vulgar. Se inscribió como contribuyente, aprendió á hacer un lazo en la corbata, llegó á síndico del gremio,

dispuso reparaciones en las fincas de su propiedad, contribuyó con 7-30 reales para la extincion de la lan-gosta, se hizo político, puso á su niño en la *Innoversidad*, abominó el *pretóleò*, y, no queriendo detenerse en el pacífico ejercicio de su derecho como *elector*, recordó su cualidad de ciudadano elegible á sus ami-gos, á quienes ofreció un almuerzo de callos cuando aquéllos le designaron, *némine discrepante*, para admi-nistrar los intereses procomunales.

Y aquí empieza Dios á padecer; es decir, aquí em-pieza Ciriaco á hacer las más *cívicas barbaridades*, en su afan de *colocarse á la altura de las circunstanCIAS*. Hizo su debut como orador, asegurando que siempre habia condenado á los hombres *himpróquitas* que no se ocupaban del bien público; ofreció *ocuparse de todo*; al dulce trato del hogar, y al quehacer de su modesta industria, prefirió la polémica, el debate apasionado con gentes extrañas. Ciriaco entró de lleno en la vida de administrador público. Trató de Instrucción pú-blica, de Higiene, de Hacienda, de Policía Urbana, *de todo*; porque Ciriaco es español, y español de estos tiempos, en que ninguno de los nacidos entre el Piri-neo y el Estrecho renuncia, ni á tres tirones, á su cua-lidad de hombre *omnisciente*.

Ocioso es decir que Ciriaco, ántes de *retirarse á la vida privada*, metió la *pata* hasta la region *inguinal*; inútil es hacer constar que los antedichos intereses procomunales quedaron en un estado lastimoso; pero Ciriaco, cuando asiste al casino (distraccion que se le hizo necesaria durante su *vida pública*), no puede oír hablar de administracion sin sonreír desdeñosamente y sin asegurar que *en sus tiempos* no hubiera ocurrido tal cosa, ni él hubiera permitido tal otra.

¡Vea usted por qué *yo quiero* á mis paisanos con ciertas reservas!

¡Hay tantos Ciriacos! ¡Es una epidemia!...

Lo sensible es que detrás de cada Ciriaco, ocupa-do en los negocios públicos, hay un centenar de *irregularidades administrativas*, y detrás de éstas... ¡La mar!...

¡HOSANNA! ¡HOSANNA!

Cantemos al Señor, que en la llanura venció, del ancho mar, al Trace fiero. Este mar, como supondrán nuestros lec-tores despues de habernos leído, es el *teatrito*; si bien no ase-guramos que el Trace fiero sea el propietario ni la Empresa.

Cantamos *Hosanna*, nó porque nos alegremos del mal del prójimo, pues EL ALABARDERO tiene un corazon blandó como la manteca y no es capaz de querer mal á nadie, sino porque así lo hicimos cuando la prensa madrileña se unió á nosotros en el señalamiento y descalabramiento literario del autor de *El esclavo de su culpa*, y la hemos cantado otras muchas veces sien-do como quien dice la última palabra de esta accion de gracias el abrazo fraternal y la comunión de ideas de la prensa sería (como la llaman los *artistas* comunicantes), que al fin y al cabo la ha emprendido á mandobles y cuchilladas con el orgullo-sillo *circo del Duque*.

Conocido es del público sevillano el escandaloso asunto de las sillas del *modesto*, que vendrán al fin á ser numeradas por órden gubernativa. *El Español*, *El Porvenir*, *La Andalucía*, *El Universal*, hasta el imberbe y discretito *Mercantil*, han seña-lado los abusos que hace mucho tiempo veníamos motejando, no bastando las célebres medidas de las diez puertas ni las cán-didas disculpas del comunicado núm. 1.º

Para poner punto final á cuestion tan divertida y tan traida y llevada como es la del señor inspector, diremos con todo el grave peso que siempre llevan nuestras razones que dicho funcionario estuvo muy en su lugar y que no sabemos qué in-

terés tuvo *La Andalucía*, de ordinario tan precavida y sesuda, en tergiversar los hechos, poniendo en ridículo á un delegado de la autoridad bajo pretextos fútiles y hallándose aquél en el ejer-cicio riguroso de sus funciones.

EL ALABARDERO se regodea con este triunfo, que viene á probar una vez más que no habla por el gusto de hablar, sino por el deseo de decir verdades, y que cuando él dice moros vienen está toda la morería en la costa.

Nada, Sr. Gobernador, meta V. E. al teatrito en cintura, que más que la espada de San Miguel debe valer para los áni-mos rectos la espada flamígera de la justicia.

REVISTA

CERVANTES

Por fin ha decidido la suerte que el remate de este teatro no se haya llevado á efecto, siendo, á nuestro juicio, cosa que tardará aún algunos meses el verlo convertido en asilo de poe-tas y músicos viejos.

El Sr. Tamayo se ha levantado tres codos pasando del chozon á Cervantes. Esto lo decimos por la diferencia de altura que debe haber de proscenio á proscenio.

Con los primeros chubascos de Setiembre, y bajo la tutela disimulada del Sr. Valdivia, conocido y aventajadísimo literato, han empezado las representaciones en aquel bonito coliseo, ha-biéndose puesto en escena *El nudo gordiano*, *No hay mal que por bien no venga*, *Un banquero*, *Los lazos de la familia*, *Un drama nuevo* y *El esclavo de su culpa*.

Más de una vez hemos tenido ocasion de hacer conocer al público las dotes artísticas de los caballeros cómicos que hoy actúan en el teatro de la calle Amor de Dios, y, sin que varie-mos un ápice de nuestra opinion emitida anteriormente, debe-mos decir que los encontramos más en caja.

En efecto, el Sr. Galvan no la da de tres y traza, como cuando llevaba la batuta en el Duque; y en cuanto á la eminen-cia victorina, como no tiene que andar por los cerros de Úbeda y á caza de dramotes trasnochados, está más en su centro y nos puede tener algo de su parte.

No hay mal que por bien no venga fué interpretado con buena expresion y con sobriedad de muecas, alcanzando el se-ñor Tamayo justificados aplausos, y participando de ellos el se-ñor Galvan. ¡Lástima que la Srta. Rodriguez dejara de ser cole-giala y acabara en dama llorona!

En el drama francés *Un Banquero* no nos gustó nadie, incluso el Sr. Tamayo, porque, aunque deslumbren las situacio-nes, no están justificadas, y vienen los aplausos por los cabellos; además hay mucha *camama* y muchos *desplantes*; sólo se libra de nuestra censura la sencilla escena de la Sra. Ruiz y el Sr. Galvan, en el segundo acto, que fué ejecutada con mucha discrecion.

Un drama nuevo nos habria gustado mucho si el cuadro de compañía hubiera estado completo; pero faltando dos de los más principales papeles, los esfuerzos del Sr. Tamayo y la dis-crecion de la Sra. Ruiz y del Sr. Galvan fueron infructuosos, resultando el drama descompuesto, sobre todo al finalizar el cuarto acto.

De las demás obras ejecutadas nos ocuparemos en el próxi-mo número, porque no tenemos espacio.

EL DUQUE

La verdad es, caros lectores de EL ALABARDERO, que eso de llamar ramplones, canturreadores, artistas y otros excesos á la compañía del comunicado; eso de traerlos acá y allá como pandereta de bruja; y, en fin, aquello y lo otro de los perio-diquitos de la capital, hecha gloriosa excepcion de *El Porve-nir*, que obra sin miras interesadas en el asunto, va siendo ya in-tolerable y debe de acabar con la paciencia de un santo.

¡Vive Dios que hemos de poner remedio al abuso contra-tando nuestra Redaccion por unas cuantas entradas, para que engruese la fila de alabarderos de mentirijillas que tiene dis-puestos el teatrito!

Porque la verdad es que nos vamos reconciliando con la Sra. Pocoví, sobre todo cuando baila las danzas; y en cuanto á las demás firmantes del *comunicado*, parécenos que no tarda-rán mucho en conquistar nuestras simpatías. ¡Si señor!... esto pasa de castaño oscuro; y, apesar de todo cuanto digan, los ar-tistas del *modesto* han de ser artistas miéntras haya un número de cierto periódico libre de dátiles, y el teatro teatro, y D. Ra-mon cobrador de su sétima, contra viento y marea, por los si-glos de los siglos.



DIÁLOGO ENTRE DOS INGLESES

- ¿Qué opina usted de la Féria?
—¡Oh! ¡muy bien! España es gran pueblo conservador.
—¿Cómo es eso?
—Naturalmente. ¿Ve usted este polvo? Pues no me cabe la menor duda que procede del tiempo de la Conquista.

Vean ustedes si no *El tributo de las cien doncellas*...
¡¡¡Cien doncellas!!!

Piloñita, el tenor cómico, estuvo ménos exagerado que otras veces; y si bien á la Sra. Willians se le atragantaba la lengua gallega, en cambio se lo contaba al moro *Muza*, que no está mal en esta clase de papeles, aunque suele dar la castaña como firmante de lo que dijimos.

Habrà quien diga que la Sra. Estevez estuvo descompuesta, pero el que tal diga no le miró el artístico pintarraqueado que llevaba alrededor de la boca, con lo que estaba monísima, en la acepcion directa de la palabra.

¡Ya oigo murmurar en torno mio algun insurgente, diciéndome que *El tesoro escondido* fué repartido á pedazos, no tocándole al público más que los desperdicios!

¡Murmuradores y descontentadizos! Convenido; salió mal: acaso el barítono estaba en el mismo estado que cuando cantó *El matrimonio*, y los demás tan malos como ántes de llamarse artistas; pero ¡señor! lo malo es indispensable, segun sabemos por la ley de las compensaciones, y no hay que atufarse, que si esta vez salió mal... otra saldrá peor, y se irá lo uno por lo otro.

¡Ahora verán ustedes *Las Amazonas del Tormes!*

¡Rataplan, plan, plan!...

¡Digan ustedes que no les gusta la Sra. Pocoví con el trajejito de varon!

¡Digan ustedes que no es nada aquella dancita!

Es verdad que al Sr. Cano no se le entendió una palabra del diálogo primero, y que el tenor cómico Sr. Carrera siguió haciendo escaleras como de costumbre; pero, en cambio, en el corito final hubo mucha playa.

Todavía habrá malandrín que diga que la Sra. Pocoví no cantó ni poco ni mucho su parte. ¡Lo que es no estar en los secretos!...

Recordamos que en cierto teatro se ensayaba *El loco de la guardilla*, y el tenor cómico quiso que trasportaran su parte medio punto, á lo que se negó la tiple, pretextando que ella era contralto.

El tenor contestó seguidamente:

—¡Cuénteselo usted á los cartelitos que la anuncian, que lo que es á mí no me cuela!

La Sra. Pocoví es contralto de cartelito, y por eso no cantó la obra.

En cambio, la bailó admirablemente.

Suma y sigue: vean ustedes aquí *Un pleito*, que no hemos visto cosa mejor desde que el Sr. Gonzalez salió al mundo y el barítono Sr. Cresg se puso la chaqueta. ¿Pues y la Sra. Estevez? Vamos, vamos, que me entusiasmo. Ensanche usted ese pecho, Sr. D. Ramon, que, ó hemos de poder poco, ó hemos de rehacer la opinion y llegar á conseguir que sea preciso poner en las puertas del *modesto*, no ya dos agentes de órden público, sino un regimiento de caballería con trompetas y chirimías y todo.

De las obras que han seguido á las revistadas nos ocuparemos otro dia.

ALABARDAZOS

¿Conque se proyecta establecer un Conservatorio de música, donde, entre otras cosas, se enseñe *literatura musical*?

¿Conque los profesores que desempeñen las cátedras en este Conservatorio han de ser por oposicion?

¿Conque esto lo dice un entusiasmado entusiasta por el arte?... Vamos á cuentas.

Oiga usted, señor entusiasmado entusiasta, ¿cómo pretende usted que se hagan oposiciones donde no existe un tribunal competente? Suponga usted que á los Sres. Lopez Uria, D. Francisco Feo, Bustos, De la Cinna, Íñiguez y otros profesores, todos de reconocido talento musical, se les antojara hacer oposicion, ¿sería usted quien los examinara, ó tal vez los artistas del teatro de San Miguel, que todos saben literatura musical y serian muy á propósito para formar el tribunal?

Vaya... vaya, señor entusiasta, me parece que anda usted reñido con Salomon en lo que respecta á las oposiciones y la literatura musical, y muy atrevido al decir que aquí no hay buenos profesores. No sé por qué se trasluce cierta idea mefistofélica en el articulito de marras.

Y para enmendar la cosa,

Sólo faltaba que al fin

Entrara en este proyecto

El gran profesor ¡¡chin, chin!!

* * *

Se nos dice que el Vista destinado en el ferro-carril de Córdoba, ha establecido sus reales nada ménos que en el taller de coches de San Laureano, siendo, por lo tanto, indispensable para todo el que tenga que disponer una expedicion, hacer un viaje hasta aquel sitio si ha de obtener la firma del citado funcionario.

Y decimos nosotros:

El comercio y los industriales á quienes perjudica este proceder, ¿por qué no procuran ponerle remedio haciendo ante quien proceda las oportunas reclamaciones?

Ya se vé; el Sr. Vista, si hace lo que se nos denuncia, dirá: «Yo estoy sólo para *ver*, y para ello escojo el punto de *vista* más agradable. Si los contribuyentes tienen que molestarse ¿á mí qué me cuenta usted?»

Y tiene razon el Sr. Vista.

* * *

«Y últimamente, Sr. D. José Segura Elías, ó reintegra usted á la Administracion las mil y pico de pesetas correspondientes al *alpiste*, ó nos oirán los sordos.»

(Fragmento de una carta perdida con sobre del interior.)

* * *

«...
Por entre unas tablas,
De un informe huyendo,
No diré corria,
Volaba un sugeto.
Junto á Capuchinos
Le paró otro *tercio*,
Y le dijo:»

(Fragmento de una parodia desdichada.)

* * *

Dígame usted, don José,
¿Y aquellos tubos de *gré*?

(Pregunta inocente.)

SECCION ANUNCIATIVA

Perfumería. Sin embargo de tantas medidas higiénicas adoptadas por el Municipio, la boca de cada husillo es un volcan pestifero; hay sitios en Sevilla convertidos en muladares, y los carros de la limpieza pública no parecen por algunas calles ni á las once de la mañana.

Aviso. Se están formando expedientes de apremio para los morosos en el pago del impuesto de la sal. ¡Sal barata!... ¡Sal!...

El Municipio está listo,
Muy listo para cobrar;
No es así cuando se trata
De lo que debe pagar.

Modas. Segun los últimos figurines serán suprimidos todos los bolsillos en los trajes de las señoras y en los vestidos de los caballeros. Estas supresiones no parten de un mero capricho, y sí se fundan en que no hay dinero que guardar en aquellos escondrijos ambulantes.

Interesante. Se previene á los consumidores que en la mayor parte de los puestos situados en las plazas de abastos, como sus dueños ó encargados son tan *cándidos* y no entienden del sistema métrico-decimal, suelen dar una libra por un kilogramo ¡y cometer otras equivocaciones análogas, resultando de todo ello que con la mayor *inocencia* están estafando al público, el cual nunca encuentra caminos llanos, y sí siempre sembrados de hoyos.

EL ALABARDERO

Se publicará una vez á la semana, y el precio de suscripcion será el de 6 reales trimestre. Para evitar cuidados á los suscritores, el pago será adelantado.

Se suscribe en la administracion y en las demás librerías.

La correspondencia, originales y reclamaciones al administrador D. Fernando Serrano, calle Doña Maria Coronel 36, segundo, derecha.